

CAPITULO V.

La revolucion.

(1810.—1820.)

La primera luz y el primer esfuerzo.—El licenciado Verdad.—El coronel Obregon.—Gomez Farias, Vazquez, Iriarte, Parga y Calvillo.—Allende.—El incendio de la pólvora.—Hidalgo y Allende.—El general Rayon.—Poblacion.—Terán.—Sus crueldades.—Un héroe.—Cambio en la administracion.

Entre los escombros del viejo edificio levantado por el fanatismo y la tiranía, al parecer sobre cimientos indestructibles, se alzaba una generacion vigorosa; á la sombra del árbol maldito del despotismo crecía un pueblo que tendria la conciencia de su fuerza

y de su dignidad y reclamaria sus derechos, y al lado de los conciliábulos de sus opresores, una sociedad, antes medrosa, comenzaba á discutir sobre las graves cuestiones que se agitaban. La corriente de las nuevas ideas se desbordaba, no obstante que la inquisicion declaró en 1808 que estaba condenado por la Iglesia el principio de la soberanía del pueblo. A esa sociedad estaba reservada la gloria de reclamar sus inalienables derechos; correspondia á esa generacion, que vió morir el siglo pasado y nacer el actual, conquistar los laureles debidos al heroismo.

Ofuscados y engreidos estaban los tiranos, y esa ofuscacion y ese orgullo determinaron su ruina. Un rey previsor, Carlos III, pensó en vano dar su independencia á la Nueva España; Benedicto XIV, el papa de los dichos agudos y oportunos, lijero en la apariencia, pero en el fondo pensador y filósofo, pretendió en vano atenuar los horrores y crímenes de la inquisicion. Vivian, para mejor oprimirnos, en escandaloso concubinato, el trono y el sacerdocio, y sordos ambos y ambos ciegos, ni oian los clamores de todo un pueblo, ni veian el torrente que se desbordaba y los arrastraria. Fieron á la fuerza y al terror el triunfo de su aborrecible causa.

Ya en 1808, entre los hombres de la clase media, la mas ilustrada y patriota, se hablaba de libertad; ya en México se hacia contra los opresores un esfuerzo, estéril por desgracia, pero muy significativo; y en ese primer impulso, en ese ensayo patriótico, Aguascalientes estuvo dignamente representado. Su hijo ilustre, el licenciado Verdad, que sufrió el martirio y la muerte porque amó la independencia y selló con su sangre tan

CAPITULO V.
LA REVOLUCION.
(1810.—1820.)

santa causa, es un timbre de orgullo y de gloria para el pueblo cuya historia escribo. (1) Abrazó, como Verdad, la causa de Iturrigaray, el coronel del regimiento de Aguascalientes, D. Ignacio Obregon, á quien, segun dice Alaman, habia llamado el virey á la capital. Obregon era íntimo amigo de Iturrigaray y mas aún de la vireina, á quien obsequiaba gastando grandes sumas de dinero. (2) Obregon, emparentado con la familia del mismo apellido, poseedora entónces de las minas de Valenciana, habia aumentado su caudal con los ricos productos de las minas de Catorce, y tenia mucha influencia en México. No pudo llegar á tiempo con el cuerpo que mandaba y fracasó el primer movimiento revolucionario.

En esa misma época vivian en Aguascalientes, soportando impacientemente el yugo español, D. Valentin Gómez Farías, (3) médico filántropo bien querido en la poblacion; D. Rafael Vazquez, que fué general mas tarde; D. Rafael Iriarte, (4) D. Pedro Parga y

(1) Murió el licenciado Verdad en México, en la pieza convertida en comedor de la casa número 4 de la calle cerrada de Santa Teresa, propiedad hoy de mi amigo el señor licenciado D. Joaquin Alcalde.

(2) Alaman.—Obregon mandaba el „Regimiento de Aguascalientes,“ con el cual debia proclamar la libertad de México.

(3) Valentin Gómez, firmaba en aquella época y hasta la proclamacion de la independencia, este personaje que tanto figuró despues en el país.

(4) Iriarte secundó el movimiento de Dolores y formó un grueso ejército, con el que no concurrió á la batalla del puente de Calderon; por lo que comenzó á ser mal visto por Allende y otros

otros cuyos nombres no se conservan. El señor cura Calvillo pertenecia á ese grupo de patriotas y residía en Huajúcar, donde dos años despues proclamó la independencia.

La hora de la redencion no se hizo esperar mucho; Hidalgo, Allende, Abasolo, los Aldama y otros dan el grito de libertad, y á ese grito, como ante Alejandro, segun la Biblia, tiembla la tierra. Corre á las armas D. Pedro Parga, se une á los insurrectos y concurre al ataque y toma de Granaditas. En Guanajuato le da Hidalgo la peligrosa comision de ir á Guadalajara ó á donde se encuentre el regimiento de Nueva Galicia, con el fin de lograr que ese cuerpo ó parte de él se pase á las filas de los independientes. Parga convence á algunos oficiales y soldados, muchos de los cuales eran sus compatriotas, y con ellos se incorpora á Hidalgo, despues del desastre de Aculco. Vuelve con este á Guadalajara, para ver pocos dias despues en el puente de Calderon hecho pedazos el lábaro santo tremolado en Dolores la noche del 15 de Setiembre!

Antes de esto, y despues de la retirada de Allende de la ciudad de Guanajuato, donde un tigre—Calleja—se cebó en la sangre de indefensas víctimas, y un discípulo de Cristo—fray José María de Jesus Belaunzarán—dominó con su palabra y su celo evangélico á la

jefes. Despues de la aprehension de Hidalgo y sus compañeros, á quienes Iriarte no se incorporó, no obstante habersele ordenado así, el licenciado general D. Ignacio Rayon, jefe de las fuerzas independientes, llamó á aquel jefe. Compareció ante Rayon Iriarte, á quien se destituyó del generalato y se mandó fusilar. (1811.) ¡Tan triste fin tuvo este caudillo!

soldadesca desenfrenada, aquel héroe llegó á Aguascalientes, á principios de Diciembre de 1810, con su ejército. Con el suyo estaba en ese lugar el general Iriarte. Mas de veinte mil independientes, á los que se presentaron muchos de la villa, (otros héroes ignorados!) llenaban las plazas y las calles convertidas en cuarteles. Se fabricó pólvora, se construyó armamento, almacenándose estos elementos de guerra en la casa de la esquina de la segunda calle de Tacuba que daba vista al Occidente y al Sur.

Llegó el 12 de Diciembre; el pueblo y el ejército solemnizaban la fiesta de la Virgen de Guadalupe, cuya imágen ostentaban las banderas de los patriotas; cuando un suceso inesperado, espantoso, vino á turbar la común alegría. Se había incendiado el gran depósito de pólvora y armas, y el voraz elemento amenazaba consumir á toda la población! Perekó la guardia; los soldados que la formaban habían sido arrojados á gran distancia ó sepultados en los escombros. Cadáveres por todas partes, cuerpos mutilados; el pavor pintado en todos los semblantes. Multitud de hombres y mujeres corrian en busca de los seres para ellos mas amados, queriendo reconocerles en los desfigurados semblantes de los que habían perecido. Mas de mil personas fueron víctimas del incendio, segun los cálculos de entonces. (1).

(1) Se dice que, sospechando Allende que dos españoles eran autores del incendio, les mandó fusilar, lo que no está demostrado. La inmensa desgracia fué obra del descuido ó de la casualidad.

Allende, Iriarte y otros jefes se ocupaban de extinguir el fuego y de tranquilizar los ánimos. Tres días despues—el 15 de Diciembre—Allende marchó para Guadalajara con el fin de incorporarse al ejército de Hidalgo, é Iriarte se dirigió á Lagos para estar en observacion de los movimientos de Calleja.

Despues de la sangrienta derrota de Calderon, acaecida en Febrero de 1811, Hidalgo, Allende y otros caudillos estuvieron en Huajúcar, de donde fueron á Aguascalientes y de este lugar á la hacienda de Pabellon. Pasaron por la segunda poblacion multitud de dispersos que buscaban á sus jefes y veian su salvacion en su huida hácia el Norte. Iban aquellos desmoralizados, y los héroes, en desgracia entónces, pudieron organizar muy corto número de fuerza. Fué al salir de Aguascalientes, segun algunos historiadores, cuando se disgustaron Hidalgo y Allende, llegando éste á amenazar con una pistola al primero, á quien culpaba por el desastre de Calderon. Segun otros, este desagradable suceso, que dió por resultado que Allende sustituyese á Hidalgo como jefe de la insurreccion, tuvo lugar en la casa grande de la mencionada hacienda. (1)

Conocidos son los sucesos de Acatita de Baján, despues de los cuales, y con los pequeños restos del ejército independiente, el general licenciado D. Ignacio Rayon emprendió su atrevida marcha desde el Norte hasta el Sur de la Nueva España, derrotando en va-

(1) Tal fué la inercia—por no decir una palabra mas dura—de los hombres de aquella época, que se ignora dónde vivieron en Aguascalientes Hidalgo y Allende, no obstante que este había estado dos veces en la poblacion.

rios encuentros á los enemigos y tomando Zacatecas á viva fuerza. De este lugar se movió para Aguascalientes en donde había una fuerte guarnición que salió á impedirle el paso. Se trabó un combate en el rancho del Maguey, cinco leguas al Norte de la población, y fué adversa la fortuna á Rayon, quien se vió obligado á tomar otro camino rumbo á Michoacan. Con el caudillo de la independencia venian D. Pedro Parga y otros hijos de Aguascalientes. En la batalla á que me refiero murió el señor Cosío, realista, padre que fué de D. Felipe y D. Luis.

El paso de Rayon levantó por aquellas comarcas el espíritu público; se alzaron algunas guerrillas que no cesaron de hacer esa guerra que tan buenos resultados dió á los españoles en 1808 contra los ejércitos de Napoleón. El mas notable guerrillero era Calvillo, quien habia insurreccionado Huajúcar, Tabasco, Juchipila y otros lugares. Desgraciadamente ese héroe fué hecho prisionero y fusilado inmediatamente. Otro combate, adverso tambien á las armas insurgentes, tuvo lugar en Pabellon.

Así pasaron los años de 1810 á 1813. Los siguientes fueron notables por las crueldades inauditas de un tirano cuyo nombre se pronuncia todavia con horror en el Estado; pero antes de referir los atentados sin número que cometiera ese hombre funesto, veamos lo que era la hoy entidad federativa en 1813.

Consta en un informe que dió el Ayuntamiento de Aguascalientes á fines de ese año al diputado á Cortes D. Cesareo de la Rosa, que esa villa tenia entonces 13,500 habitantes; 3,618 el Valle de Huajúcar; Asien-

tos 5,935; Jesus María 1,124; 825 San José de Gracia, y 840 la congregacion de Rincon de Romos, lo que hace un total de 25,812 habitantes. Agréguese á este número el de los que vivian en las fincas de campo, no muy numerosas ni pobladas en la época, y no será aventurado conjeturar que la masa de la población podia ascender á 32,000 habitantes.

Esa población creció rápidamente en la villa de Aguascalientes debido á la tiranía de D. Felipe Terán, quien asumió los mandos civil y militar en 1814, es decir, cuando en España y sus colonias se entronizaba nuevamente el absolutismo. Poco tranquilo ese hombre, digno representante de Fernando VII, con la existencia de algunas guerrillas de *chinacates*, como se llamaba entonces á los independientes; fanático por el servicio de su religion, y mas aún por el de su rey, era incansable en la persecucion, no solo de los que combatian por su patria, sino de todos los que le parecian sospechosos, de los que vivian en lugares á veces ocupados por los independientes, de los que no les perseguían ó delataban. El obligaba á los que residian en Calvillo, Tabasco, Juchipila, Paso de Sotos, Teocaltiche y otros lugares, á trasladarse con sus familias á Aguascalientes, á radicarse en esta villa, y desgraciado de aquel que desobedecia! Abandonaban los infelices sus intereses y su hogar, y no podian salir de la población, porque la suspicacia, el espionaje estaban siempre vivos, siempre despiertos. A juicio de éste—y su juicio era decisivo, inapelable—el que pretendia salir era aliado del enemigo, como lo era el que no denunciaba los movimientos de éste, el que no acataba los caprichos

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

de Terán. Robustecida su acción con una guarnición fuerte, con las predicaciones de clérigos y frailes ignorantes, serviles y fanáticos que creían ó aparentaban ver en cada independiente un excomulgado enemigo de Dios y de la Religión, y con la inercia y la ignorancia del pueblo, aterrorizado además con tanto lujo de tiranía, era ésta insostenible, y tanto mas terrible, cuanto que no respetaba ni condicion social, ni sexo, ni edad.

No ignoro que el miedo y el odio han podido exagerar los atentados de Terán, pues demasiado conocida es la influencia que esas pasiones ejercen en el ánimo de los pueblos; sé que la imaginación de éstos, á semejanza de ciertos lentes, agranda los objetos, que son desfigurados los hechos por las tradiciones; pero veo que, aún prescindiendo de lo que es obra del espíritu de partido, descartando lo que el vulgo exagera y la tradición desnaturaliza, Terán aparece á los ojos de la historia como un tirano. (1) Era este hombre tanto mas temible cuanto mas influenciado estaba por el fa-

(1) Siento sobre manera expresarme así de Terán, por la consideración y el respeto que me inspiran sus descendientes, por la amistad que profeso á algunas de las ramas de que aquel fué tronco; lo siento por la memoria de mi maestro el señor licenciado D. Jesus Teran, nieto de aquel, que tanto se distinguió por su patriotismo é ilustración y que ocupó tan elevados puestos públicos en el Estado y en la República. Para referir estos hechos, hijos no solo de los vicios y de la tiranía de un hombre, sino de las costumbres y de las tendencias de una época, hago el sacrificio de mi amistad y de mis afectos. ¿Ni qué otra cosa tiene que hacer quien escribe concienzudamente la historia?

natismo, cuanto mas se constituía instrumento ciego de los verdugos de su patria. Por eso fusiló á tantos individuos sin forma de juicio, en el sitio donde hoy existe el Parian; por eso llenó la cárcel de *sospechosos* y consignó á otros desgraciados al servicio militar.

Hombres verídicos, testigos presenciales además de los sucesos, han pintado á Terán con los mas negros colores al referir sus inauditas crueldades. Aunque no sea cierto que éste haya mandado al patíbulo á una de sus criadas que se permitió decir que, despierta ó en sueños, vió á Terán circundado de llamas infernales; aunque no haya mandado dar muerte á uno que no se descubrió en su presencia, y á otro que le vió al parecer con aire insolente, la verdad es que apenas pasaba día sin que tuvieran lugar sangrientas ejecuciones. Los testigos á que aludo arriba han dicho que había días en que se registraban veinte ó mas fusilamientos.

Bajo tal yugo se vivió en Aguascalientes desde 1814 hasta 1820, época en la cual se creyó asegurada la dependencia de México de la metrópoli y se concibieron esperanzas de un cambio en España y sus colonias en sentido liberal. La peor de las tiranías pesaba sobre aquella sociedad infortunada cuyas quejas nadie escuchaba. Y es lo raro que un hombre, Terán, que tantos odios se concitó, no haya sido víctima de una venganza, cuando dejó de ser autoridad, y que, consumada la independencia, no se le exigiera la responsabilidad de sus actos. Terán murió en su hogar y en el seno de su familia el mes de Diciembre de 1826!

Debo decir, ya que me refero á los sucesos desarrollados en la segunda década del presente siglo, algo más sobre uno de nuestros héroes, injusta é ingratamente olvidado entre nosotros, pero honrado y respetado en Jalisco. Hablo de D. Pedro Parga, quien siguió á Rayon, se incorporó al ejército del ilustre Morelos y acompañó á éste en muchas de sus gloriosas campañas. Estuvo en la toma de Acapulco y en la heroica defensa y admirable retirada de Cuautla. (1) Cuando Morelos cayó prisionero, Parga se retiró al Sur de Nueva Galicia y siguió combatiendo por su patria. Consumada la independencia se filió en el partido yorkino; volvió á su tierra natal en 1825 y regresó á Guadalajara. Fué amigo y colaborador del insigne Prisciliano Sanchez, gobernador de Jalisco, en cuyo Estado, Parga desempeñó muchos empleos y comisiones con inteligencia y honradez.

Parga siempre perteneció al partido liberal y sufrió prisiones y persecuciones por su firmeza de principios. Cuando en 1857 rehusaban muchos acatar el Código Fundamental de la República, se hizo llevar ese hombre, ya viejo y enfermo, al sitio á que se le llamaba, y juró la Constitución.

Esperaba al héroe otra época de prueba. Vinieron la intervención y el imperio y sufrió otra vez persecuciones. Su avanzada edad le impidió entonces tomar

(1) El año de 1869 me dijo en México el anciano D. Calixto Bravo, uno de los héroes que sobrevivieron á la época de la independencia: "Era muy fogoso é inteligente ese D. Pedrito. Le ví y le hablé muchas veces en el Sur. ¡Oh! que tiempos aquellos!" Y el anciano lloraba.

las armas en defensa de su patria, y se retiró, pobre y enfermo, á la vida privada. Después del triunfo de la República volvió á figurar y murió en Guadalajara hasta el año de 1877 á 1878..... ¿No merece este héroe que se trasladen sus restos al suelo que le vió nacer y se inscriba su nombre en el salon de la Legislatura y en el del gobierno del Estado?

Perdónese esta digresion que he creído necesaria antes de volver á la narracion de los sucesos que al terminar el período que abraza este capítulo tenían lugar en Aguascalientes, de cuyo gobierno, como he dicho, se habia separado Terán. La situacion era otra. Restablecida la paz, alimentándose esperanzas de que en España y sus colonias se estableciera un orden de cosas en el sentido de las reformas liberales que reclamaba la situacion, los ánimos se habian tranquilizado al parecer. Se hablaba ya de esas mismas reformas con ménos temor, se decia de la soberanía del pueblo, del sistema representativo, de la igualdad de derechos de que debian gozar los hijos de la península y los americanos. El suave gobierno del virey conde de Venadito, habia extinguido ó cuando ménos debilitado las resistencias, y en los pequeños lugares del país se procuraba imitar lo que se hacia en México.

Los mismos sucesos hacian necesaria en Aguascalientes otra administracion, otros hombres; por lo que á fines de 1820 figuraban como regidores en el ayuntamiento de la villa, D. Valentin Gómez, D. Rafael Vazquez, D. Cayetano Guerrero y otros hombres que, como éstos, eran conocidamente adictos á las ideas nuevas y hasta partidarios de la independencia.

Veremos pronto los grandes resultados de este cambio en la opinion, de estas sensibles modificaciones en la administracion de la Nueva España en general, y en Aguascalientes en particular.

IV CAPITULO VI

La Independencia y la República

(1821.-1824.)

COMENZÓ el año de 1821 con aquella aparente calma que es á veces precursora de terribles tempestades. La paz se había restablecido en la Nueva España si se exceptúan las montañas del Sur donde aun no se extinguía el fuego revolucionario; se iniciaban reformas liberales y todo parecía augurar un

... y siempre pronto los grandes resultados de este cambio en la opinion, de estas sensibles modificaciones en la administracion de la Nueva España en general, y en Aguascalientes en particular. Este documento es el resultado de los debates que se celebraron en la legislatura favorable a la restauracion de la independencia. En una primera no una cesacion de hostilidades se que el tratado de la época y se le otorga la independencia, siempre se dio las armas preparadas para la resistencia.

CAPITULO VI.

La Independencia y la República.

(1821.-1824.)

- Calma aparente.—Proclamacion y triunfo de la independencia.—
- Entusiasmo público.—Fiestas.—Gómez Farías, diputado.—Su consulta á los ayuntamientos.—El partido republicano.—Guzman.—López de Nava.—La República.—Nuevas instituciones.—La masonería.—Guardia nacional.

COMENZÓ el año de 1821 con aquella aparente calma que es á veces precursora de terribles tempestades. La paz se había restablecido en la Nueva España, si se exceptúan las montañas del Sur donde aun no se extinguía el fuego revolucionario; se iniciaban reformas liberales, y todo parecía augurar una

CAPITULO VI
LA INDEPENDENCIA Y LA REPUBLICA
(1821-1824)